

CEREMONIAL MARITIMO: OK

Roberto Benavente Mercado
Contraalmirante

Panamá, fines de julio de 1960. La agrupación compuesta por el remolcador de flota AGS *Yelcho* y el dique flotante ARD-2 —actualmente *Ingeniero Mutilla*— se encontraba amarrada a los muelles de La Base Naval de Rodman, en Balboa, Zona del Canal. Estábamos allí casi quince días en espera de cuatro enfriadores de aceite del *Yelcho*, que se habían dañado durante el remolque del dique, cuando nos sorprendió "la cola de un tifón" frente a Manzanillo, Méjico. El comodoro, un experimentado navegante, se las arregló para conducir el convoy por el "semicírculo manejable", capeando a la profunda depresión pero sin poder evitar que tuviéramos que recalar a Panamá para reemplazar los enfriadores de aceite, que hablan resultado averiados por el esfuerzo desplegado por el remolcador durante el violento temporal.

Pese a la cooperación prestada por el Servicio de Abastecimiento de la Armada de Estados Unidos, no había sido posible ubicar los repuestos necesarios después que —por un error de impresión en el Stock Number del Nomenclator— recibimos cuatro enfriadores, que no eran precisamente los que necesitábamos para proseguir con el convoy a Chile.

El tiempo era caluroso y húmedo. Por un problema familiar urgente, el Comodoro tuvo que viajar por vía aérea a Santiago, y yo, a la sazón Capitán de Corbeta recién ascendido y comandante del dique, asumí interinamente como jefe de la agrupación.

Fue en las últimas horas de una tarde cuando recaló en Rodman una flotilla de destructores cuyo buque insignia era el *Topeka*, atracando a los muelles próximos casi al anochecer. El *Topeka* era uno de los primeros cruceros ligeros al que se le había modificado su armamento reemplazando algunos cañones de 6" por un lanzador doble de misiles *Terrier*. Su comandante, un joven Capitán de Navío, había sido —según supimos después— el gran impulsor de este proyecto y gozaba de merecido prestigio en la armada estadounidense.

Al día siguiente y a primera hora, y dando cumplimiento al Ceremonial Marítimo, solicité telefónicamente una audiencia para presentar mis saludos al comandante del *Topeka*, la que fue acordada para las 11 horas.

Oportunamente me vestí con la tenida reglamentaria adecuada para la ocasión: Chaqueta blanca, pantalón azul, espada, guantes café y cintas. Poco antes de la hora acordada me dirigí al crucero, que se encontraba en un muelle vecino. Al llegar a las proximidades del portalón me percaté —por los honores— que una autoridad naval venía desembarcando. En efecto, se trataba del Comandante en Jefe del XV Distrito Naval, quien —junto con los oficiales de su Estado Mayor— había venido a inspeccionar este magnífico buque de 1.200 hombres de dotación, recientemente modernizado.

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducciones de textos aparecidos anteriormente en Revista de Marina, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

El Ceremonial Marítimo entraba en acción. Atención con pito y corneta; honores de Almirante: Guardia militar, corneta y pito, correctamente ejecutados. Cuando el Almirante y su comitiva se acomodaron en los automóviles, un oficial del buque se acercó a saludarme, invitándome a subir a bordo, lo que efectué, recibiendo los honores de pito que me correspondían. El comandante me esperaba en cubierta, frente al portalón, en tenida kaki, pantalón corto y camisa de verano, sin corbata. Sus primeras palabras fueron para disculparse por su uniforme, expresándome que debido a la visita de inspección del Almirante —que al parecer había durado casi dos horas— no había dispuesto de tiempo suficiente para recibirme con una tenida más adecuada a la ocasión, tratándose del saludo protocolar de un jefe extranjero. Sus disculpas me impresionaron, pues su actuación era absolutamente razonable, y le aseguré mi comprensión al respecto. Subimos a su cámara, me ofreció un café y conversamos de nuestras mutuas actividades; transcurridos diez minutos consideré que era hora de regresar a bordo, dejándolo en libertad para atender sus propios asuntos, que me imagino eran numerosos. Antes de despedirse, en el portalón, me preguntó a qué hora podría retribuir la visita, durante la tarde de ese mismo día. Le agradecí la gentileza y le aseguré que la retribución no era en absoluto indispensable, máxime cuando su buque venía llegando de un largo período de entrenamiento en la mar, y suponía que tendría numerosas otras materias importantes que atender.

Su respuesta fue categórica: "Nunca me faltará el tiempo para retribuir una visita de cortesía. Por lo demás, es lo que señala el Ceremonial Marítimo, ¿verdad?".

Terminados los honores al desembarcar, me fui rápidamente al *Yelcho* para contar a los oficiales la experiencia vivida y preparar el zafarrancho de honores para la tarde.

A las 14 horas, en punto, un automóvil oficial de la armada estadounidense se detuvo frente al portalón del *Yelcho*. Del vehículo bajó el comandante del *Topeka*, vestido de blanco entero, impecable, medallas, condecoraciones, espada y guantes blancos. (Desde luego, mucho más elegante y formal que yo).

Los pitos y el corneta tocaron atención, e inmediatamente después los honores correspondientes, en forma impecable. El comandante saludó a cada uno de los oficiales y en seguida subimos a la cámara, donde brindamos con un café por las armadas de nuestros respectivos países. El comandante del *Topeka* nos dio una tarjeta para visitar su buque en forma preferente y se interesó por saber qué había pasado con la equivocación de los enfriadores de aceite.

La visita no duró más de diez minutos. Los honores al desembarcarse ejecutaron con marcialidad y precisión. El Ceremonial Marítimo se había cumplido.

Cinco días después llegaron los esperados repuestos y se inició el proceso de conexión y armado. ¿Tuvo algo que ver con esto el comandante del *Topeka*? Nunca lo supimos, pero algo sospechamos. También llegó el comodoro y pronto estuvimos listos para zarpar de regreso a la patria. Cuando largamos la última espía y el ancla arrancó, el *Topeka* izó la señal internacional de "Feliz Viaje", a la que contestamos de inmediato con "Doy a usted las gracias".

Poco a poco fuimos entrando al golfo de Panamá, proa al sur. Por la popa, el *Topeka* — con sus misiles *Terrier* y sus tres mástiles cargados de elementos electrónicos— fue perdiéndose en lontananza. Sin embargo, el recuerdo de su silueta y la figura de su comandante no se han borrado de mi mente. Es lo que suele suceder cuando por cumplir el tradicional Ceremonial Marítimo tenemos la oportunidad de conocer un verdadero hombre de mar y un hidalgo caballero.